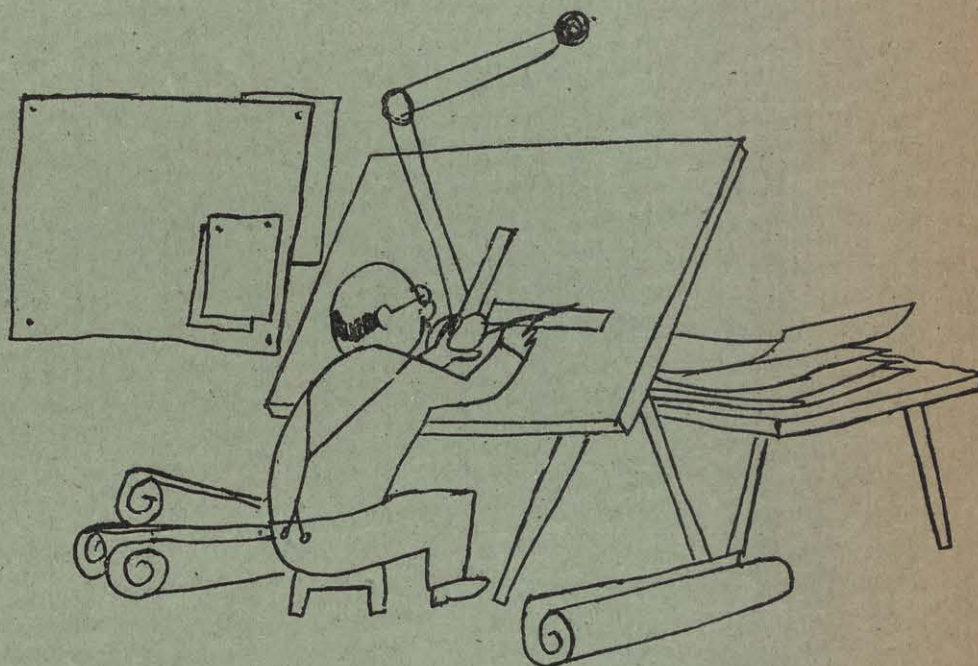


30 d a

TREINTA DIAS DE ARQUITECTURA

Este artículo se publicó en el periódico francés *Le Figaro*. Tiene su gracia y su interés y por ello lo damos en estas páginas. Con propias ilustraciones de nuestro colaborador dibujante, que son lo mejor del asunto.



HABLA UN ARQUITECTO...

Pierre Fisson.

Desde las siete de la mañana estamos peregrinando por todo el triángulo formado por Lille-Donai-Valenciennes. Son las diecinueve horas y estamos en la sexta parada de nuestro recorrido. Desde aquella hora, el arquitecto M. M. ha visitado cuatro barriadas de casas, una fábrica y un conjunto de edificios públicos.

En todos el mismo espectáculo, las mismas peticiones, las mismas quejas:

—Señor arquitecto, han hecho esto, pero se han olvidado de esto otro...

—Señor arquitecto, ¿cómo vamos a meter aquí el armario? Sí, es verdad que no queríamos lujo, pero mi mujer ha cambiado de opinión; así que hay que hacer algo...

—¿Es que no se puede agrandar la cocina? No me cabe la lavadora. Hay que poner el garaje en el otro lado, porque en éste, poniendo unas vidrieras, queda como un solarium.

—No acabamos por decidirnos entre el piso de moqueta o de plástico; tenemos unos amigos que lo han puesto de losetas y es mucho más *chic*.

—La bañera no tan profunda, porque la abue-

la no podrá salir ¡sin la ayuda de una escalera!

—Esta ventana, en el plano está al Norte, pero seguro que se la puede correr un poco más a la izquierda. ¿Que no puede ser porque allí hay un muro? ¿Pues por qué no correr también ese muro? Mire, se puede desplazar el muro hasta aquí y en este punto quedará un pequeño rincón íntimo. Dése cuenta, señor arquitecto, que no se construye una casa todos los días.

Desde las siete de la mañana en este plan, y todo esto andando por la obra, chapoteando por el barro, llenándose de polvo y cemento, subiendo por los andamios..., y así todos los días. Volvemos al coche, y en la obra siguiente empieza lo mismo.

M. M. esta mañana está de buen humor. Es de estatura media, bien constituido, de movimientos vivos y precisos. Va bien vestido, pero con un algo de "desusado", como queriendo decir: "Sí, somos provincianos."

En toda la mañana ha dejado de hablar; anima a los clientes, discute con los suministradores, con el contratista, toma medidas, comprueba detalles de las obras, estudia otra vez sus cálculos, modifica algo en el plano, explica al cliente porqué no se

pueden hacer las alteraciones que quiere, tiene que acabar explicando el porqué se tarda en la construcción de una casa.

En seguida empieza a dictar a su secretaria: una nota para fulano, un recado para otro, que le recuerde que..., enviar una carta de recomendación, etcétera. Su coche es grande, de marca extranjera: para cada obra tiene su gran cartera repleta de papeles. Mientras conduce el coche, va dictando su correspondencia, que siempre es sobre lo mismo: tomas de agua, llaves de paso, bañeras, grifos y, por último, datos administrativos.

A la una hemos comido en un café, discutiendo todo el tiempo con el dueño sobre el emplazamiento de una futura ciudad prevista en un plan conjunto de urbanización de la región. En este momento estamos rendidos, agotados.

—Tengo unas obras en otras regiones—dice el arquitecto—. La Seine Orleáns y algún otro sitio; así es que saldremos mañana, a las cinco de la mañana, y volveremos a medianoche.

En invierno, con las heladas y las nieblas, viajamos en tren. Lo malo es que en el tren de regreso apetece dormir, pero hay que atender a la correspondencia, así que es un viaje luchando con papeles, pero al llegar se dice con satisfacción: "Ha sido una buena jornada. No nos queda trabajo atrasado."

Cuando no se tiene fuerza de voluntad para trabajar en el tren, entonces hay que hacerlo a la mañana siguiente en el estudio: ¡una mañana perdida! ¡Ya está trastornado el plan de trabajo! Así empiezan los atrasos y entonces hay que trabajar dieciocho horas diarias y se convierte uno en una máquina más.

Esta es la vida de un arquitecto.

—Yo amo mi trabajo, mi profesión y lo haré hasta el final, pero creo que estamos en vías de tener que librar un combate para no quedarnos rezagados. Sin querer, los arquitectos, todos, nos encontramos con que nos está desbordando la técnica moderna, que en el fondo estamos mal preparados y con escasos estudios: también el arquitecto está ahogado por el volumen de su estudio y por los promotores.

El arquitecto, tal como se concebía hace años, ya no existe. Yo pienso que todos los jóvenes pasan por un período en el que, llenos de energía, sienten la necesidad de crear y se orientan hacia la primera necesidad del hombre: "cobijarse". Estos son los que sueñan con el nuevo porvenir del arquitecto.



Sueñan con construir casas, barriadas, centros sociales..., y al acabar sus estudios resulta que no hacen más que "cajoneras", cajas minúsculas. Una línea simple, un volumen perfecto, y ya está. Pero construyen verdaderos horrores.

Ya en plena actividad de la carrera, en la fase ya iniciada, se dan cuenta de lo que han hecho, se sienten desgraciados, pero ya no tiene remedio. Si se quiere trabajar hay que hacer lo que quiere el cliente.

Cuando te ven con cara preocupada, los amigos te dicen: "Tú no entiendes nada; hay que alojar a la gente en el menor espacio posible, y además rápidamente."

Todo lo que construimos es exiguuo, mezquino; las viviendas son sonoras como tambores; en seguida parecen viejas.

Estropeamos los pueblos afeándolos, pero no importa, hay que seguir adelante. Si se quiere



trabajar no hay más remedio que seguir esta corriente, firmando los planos que sean.

Una casa grande en una avenida tranquila. Es la casa del arquitecto M. M. Los despachos están vacíos; no queda más que un delineante sobre su tablero.

—En provincias un estudio como el mío parece un poco una tienda de ultramarinos. Mire aquí los cálculos, aquí los tableros, aquí la reproducción de planos: en el sótano, los planos. Hace quince años les propuse a mis siete colegas regionales: "Vamos a organizar un estudio común. Comprándolo entre todos, podemos tener las mejores máquinas, el mejor material, podremos pagar al mejor personal auxiliar, o sea tener en todo lo mejor de lo mejor. Cada uno de nosotros se puede especializar en una cosa y así tendremos un conjunto perfecto." Soltaron la carcajada. "Lo que pasa—dijeron—es que tú no tienes trabajo y quieres aprovecharte del nuestro." No se hizo nada. Seguimos siendo amigos, nos reunimos todos los días a tomar café. Nuestras mujeres son amigas, hacemos todos los años un viaje todos juntos, pero en el fondo estamos a matar.

—Este es mi despacho y éste es mi tablero. Yo debería estar siempre en esta mesa, pues es realmente mi trabajo, pero no puedo estar más de cinco horas por semana.

¿Qué cree usted que hago yo aquí? Pienso en el triste trabajo del arquitecto. Casi me atrevo a decir que en los estudios es donde enteramos a la verdadera Arquitectura. Yo firmo

todo aquí: los proyectos, los presupuestos, la correspondencia. Cada día me lleva un par de horas firmando.

Firmo a ciegas, con los ojos cerrados: todos hacemos lo mismo. Cuando el arquitecto Ponillon dijo: "Yo firmo sin saber lo que firmo", había dicho una gran verdad.

Ninguno podemos hacer otra cosa. Nos confiamos en nuestros colaboradores, nos entregamos totalmente en sus manos y firmamos a ciegas. Alguna vez nos fijamos en una cifra, repasamos una columna y firmamos.

—Mire, esto es el presupuesto para un banco: el texto ocupa cincuenta páginas y el total supone más de mil quinientas operaciones. El aparejador lo prepara, la secretaria lo revisa. ¿Qué me queda por hacer? ¿Repetir todas las operaciones?... Yo firmo, y si me han engañado, ¡entonces es la catástrofe!...

Tres días a la semana los paso en las obras, pero hay que contar, por lo menos, con otro día de viaje.

Pero no me importa: me gusta mi trabajo; amo mi carrera, o sea que cada mañana afronto con gusto todos los problemas.

¿Qué es un arquitecto? Hoy ya no sé. Antes yo era "alguien" que concebía un proyecto, lo estudiaba detenidamente y lo presentaba. Consagrábamos toda nuestra energía e ilusión a esto. Vivíamos rodeados de técnica y materiales conocidos. Hoy el 80 por 100 de las energías del arquitecto se tienen que consagrar a pejiğeras administrativas, a tratar de averiguar aquello que todavía está autorizado a hacer. Cuando por fin el cliente ha



conseguido el permiso para construir, entonces es cuando debería empezar la labor del arquitecto, pero tampoco podemos, y esto nos tiene disgustados. La técnica moderna está en manos de los técnicos de la construcción. Estos técnicos hoy en día pueden construir igual que los arquitectos, con la ventaja de que son mucho más libres, pues no tienen una severa reglamentación a la que deben ajustarse.

Ahora existen los técnicos del cristal, los técnicos de la madera, los técnicos del aluminio, etc. Y junto con éstos, los especialistas en calefacciones, los especialistas en hormigón, los especialistas en aceros.

En provincias el arquitecto no hace fortuna. El proyecto que se presenta al cliente tiene que estar muy cuidado y lleno de pequeños detalles y dibujos. Dentro de unos años, el papel del arquitecto será únicamente esto: la presentación de toda la documentación.

De todos los clientes, los más difíciles de tratar son las mujeres. Ellas eligen el proyecto, cambian de ideas, buscan otro proveedor y encargan lo que quieren sin preguntar precios... Las paredes y los techos no las importa nada, pero en cambio las obsesionan los suelos. Casi todos los días, antes de ir a ver al arquitecto, se han leído todas las revistas especializadas para "descubrir" nuevos trucos, los más inverosímiles posibles, y llegar con la cabeza llena de absurdas ideas.

El cliente raramente sabe leer un plano. Cuando la obra está casi acabada, se quedan asustados de su volumen. Hoy todo el mundo quiere, ante todo, una buena cocina, un buen cuarto de baño y ducha. Hace unos diez años, casi ningún cliente se preocupaba por el baño, pero hoy hasta exigen que sea empotrado.

Lo más desesperante son todas las reglamentaciones para construir un pabellón H. L. M.: hay, nada menos, que seis volúmenes de normas, y entonces todos juramos que lo vamos a abandonar todo y que no podemos aguantar más el despotismo de los funcionarios. Realmente es inaguantable verles sentados en sus sillones interpretando a su modo. Una frase, un giro, una palabra, una coma, todo es distinto según el funcionario de turno: uno prohíbe esto y el otro lo aprueba, otro quiere obligarnos a una cosa absurda... Entonces se pregunta uno: ¿Qué soy yo? ¿Un arquitecto? No soy un tipo que hago retretes, y los retretes son cosa importante hoy en Francia... Hace falta mucha fuerza de voluntad para reencontrarse uno. Hay cien modelos de tazas de retrete y treinta y cinco calibres para las tuberías en codo que se tienen que adaptar sin ninguna duda; después hay multitud de sifones. Jamás corresponde el tamaño del sifón con el del codo, ni el hueco de la taza con el sifón. Esto es

lo que hoy es un arquitecto: el jefe de "la operación sifón".

Otra pega que tenemos son los retrasos. Todo el mundo llega tarde, no van de acuerdo con los distintos equipos. El abañil acaba su obra; vienen los calefactores y cortan, rajan y abren donde les parece; se rehace todo ello, y llegan los electricistas y, vuelta a la misma operación. ¿Cree usted que esto lo hacen porque no la sabían de antemano? No, señor; lo saben desde el primer momento, pues el contratista tiene todo estudiado con todos ellos; pero... han llegado tarde. Se construye, se tira, se vuelve a construir, y así desde hace cientos de años. Cambiar esta manera de ser y de hacer le costaría una enfermedad al que lo intente. Además, según dicen, resultaría mucho más caro. ¿Por qué?

Tengo ahora en construcción dos casas. He luchado porque todo lo haga el mismo contratista, pero no lo he conseguido; hay dos carpinteros, dos electricistas, etc.

¡Me dirá que esto es ridículo! Es tan complicado que dan ganas de abandonarlo todo. Tengo dos amigos arquitectos que ahora son dos expertos y perfectos funcionarios, simples empleados; cualquier cosa menos seguir con esta lucha.

En provincias el arquitecto no hace dinero: los únicos que ganan son los constructores.

Los clientes se figuran que los arquitectos son unos ricachones. Sí podemos serlo si nos limitamos a construir colocando "una caja" sobre otra; no si somos honrados y trabajamos con conciencia. El cliente paga el 8 por 100 del total del presupuesto. Eso son mis honorarios. Usted ya ha visto mi estudio, en el que trabajan quince personas...

¿Se da usted cuenta de la responsabilidad que tiene el arquitecto? Junto con el contratista, somos los responsables de todo tipo de accidentes de la obra durante diez años, y después, hasta pasados treinta años, el arquitecto es el solo responsable de todo... Si un balcón se cae, la culpa es mía.

Es un trabajo duro. Uno es joven y en seguida se instala y "aprende a trabajar"... Cuando se llega a viejo, se encuentra uno con lo justo para vivir.

